

**Ensayo** Reflexiones sobre la literatura, las mujeres o Iraq en un bello compendio de textos de la novelista y poeta canadiense Margaret Atwood

# Andrómeda desencadenada



**Mª ÁNGELES CABRÉ**

Harta de pesadas giras para firmar libros, Margaret Atwood (Ottawa, 1939), autora entre otros títulos de las novelas *Lady Oráculo* (1976) y *El cuento de la criada* (1986), inventó hace poco la máquina de firmar autógrafos a distancia, un artilugio que consiste en dos pantallas de vídeo interconectadas y que ha sido bautizado como *The long pen*. Junto a una pantalla está el autor y junto a la otra, a miles de kilómetros, el lector con su libro. Si gustan, pueden verse las caras y mantener una conversación. Por lo que no resulta raro que los ocho atípicos textos que constituyen *La maldición de Eva* se asemejen a las reflexiones de alguien que está al otro lado de la pantalla mirándote directamente a los ojos.

Margaret Atwood es muchos yoes en uno: para unos será la autora que estrenó ese cachivache, para otros una poeta de mérito –una treintena de libros; en

nes; parece que esté diciéndote todo el rato: “Rechaza el tópico que te han vendido, dale un par de vueltas más a la máquina de moler ideas que es tu cerebro”.

He leído pocas descripciones de la literatura de Virginia Woolf tan certeras y llanas como la suya en *La mujer indeleble* –qué gran título–; y pocas respuestas a la manida pregunta de “¿por qué escribe usted?” más reveladoras que *Nueve comienzos*. Ambos están en este pequeño gran libro que adolece, eso sí, de la ausencia de un mínimo aparato crítico. ¿Qué costaba citar la procedencia de los textos? Se entiende que los editores hayan querido borrar del volumen cualquier traza de pasado no inmediato teniendo en cuenta que el grueso original de que han sido espigadas estas páginas, *Curious pursuits* (*Curiosos intereses*), recopila treinta y cinco años de profesión. Pero, qué demonios, no es lo mismo decir “en esta sociedad es más difícil ser mujer escritora que hombre escritor” en los años setenta que en el siglo XXI. Por suerte, el prólogo de Mercedes Monmany subsana en parte esa carencia.

También hubiera podido resultar útil dividirlo en tres partes: una para el grueso de la obra, dedicado al papel de la mujer en la literatura en su vertiente activa –autora– y en su vertiente pasiva –personaje–; otra para el artículo dedicado a su amado Orwell, cuya prosa aspiró a ser “como el cristal de una ventana”, creador de dos de las grandes distopías de la modernidad; y una última que albergara la *Carta a América* que cierra el libro, un alegato que Atwood escribió a raíz de la desafortunada invasión de Iraq y que con pocas palabras da en el clavo del asunto, aunque para algunos tal vez peque de infantilismo. ¿Acaso no resulta oportuno recordar que Thoreau fue el padre de la ecología en un país que ahora incurre en un “ciego rechazo a las medidas de protección medioambiental”? Una lista de agravios desde encima del paralelo 49 que la autora dirige a su país vecino, que tantas alegrías le ha dado –nos ha dado– y ahora ensucia su propio nido –frase de la autora y título también de un libro de Juan Goytisolo–, y que concluye instando al país a acudir a los grandes hombres y mujeres de su pasado –Whitman, Dickinson...– para recuperar así su verdadera esencia.

## Eva & Cía

Mucho tiene Atwood aquí de heredera de la actitud de Virginia Woolf. A decir verdad, el arranque del primer texto incluido, *La maldición de Eva, o lo que aprendí en el colegio*, tiende un puente innegable a las conferencias dictadas por aquella en 1928 y recogidas en el volumen fundacional de *Una habitación propia*, donde se dice que las mujeres han gozado de menos libertad intelectual que los hijos de los esclavos atenienses. De eso va este libro: de asumir que a la mujer se le ha atado fuerte el corsé y que flaco favor le hace cierto feminismo mal entendido que aboga por una literatura útil a la causa en detrimento del arte. |

**Margaret Atwood**  
**La maldición de Eva**  
Prólogo de Mercedes Monmany.  
Traducción de Montse Roca

LUMEN  
123 PÁGINAS  
13 EUROS



‘Andrómeda encadenada a una roca’ del pintor e ilustrador Gustave Doré (1832-1883)

Icaria, *Luna nueva*– o una novelista de éxito capaz de mantener al lector agarrado a su butaca: la eficacia narrativa es uno de sus rasgos más significativos. Sea como fuere, a estas alturas de su obra puede equipararse a una Doris Lessing o una Marguerite Yourcenar.

En este compendio variopinto demuestra una capacidad reflexiva y explicativa de quitarse el sombrero por lo clara, contundente, lúcida y, qué placer, divertida. Mientras en la ficción gusta de darle vueltas a la mitología y zambullirse en escenarios de ciencia ficción, como ensayista subvierte las convencio-